



ISSN: 1699-2849

Registro de propiedad intelectual *safecreative* nº 0910284775023

**EL ABANDONO DEL LÍMITE MENTAL
Y LOS CORRESPONDIENTES HÁBITOS INTELECTUALES
EN RELACIÓN CON EL INTELIGIR PERSONAL**

Jorge Mario Posada

El método que Polo ha propuesto para la filosofía, el abandono del límite mental, “se corresponde”, aunque sin ser equivalente a él, con el inteligir humano habitual, que, siendo superior al que avanza según objetivaciones, se lleva adelante sin la peculiar “mediación” de la llamada “potencia” intelectual (a la que —cabe sugerir— solamente conciernen las operaciones objetivantes, y que, asimismo se sugiere, antes que un inteligir en potencia es un acto intelectual que abre un ámbito de posibilidad respecto de objetivaciones u *objetivabilidad*).

No obstante, aun correspondiéndose con el inteligir según hábitos, el abandono del límite no sin más equivale a él, de entrada porque requiere que la intelección “baje” hasta el límite mental, que, equiparándose con la constancia y mismidad de las objetivaciones, es propio y exclusivo del inteligir objetivante; pero también porque como método filosófico y, por eso, “científico” en sentido amplio, reclama cierta expresión lógico-lingüística, sin la que carecería de la suficiente “objetividad” derivada de alguna comunicabilidad entre investigadores.

De esa manera, incluso si se corresponde con los hábitos intelectuales, el abandono del límite mental, que, por lo demás, antes que un nuevo o distinto acto de inteligir, es un método filosófico, es decir, según el que los actos intelectuales humanos se conducen de acuerdo con cierta regulación y un preciso rigor, no por eso equivale a una actividad intelectual que, para indicarlo de alguna manera, “pertenezca” o “esté” solamente en el inteligir personal como trascendental del acto de ser humano o bien sólo en la esencia de la persona.

1. Dimensiones del abandono del límite mental y hábitos intelectuales superiores

Por lo pronto, en lo más alto, según su tercera dimensión, dicho abandono se corresponde con el hábito de sabiduría, que puede llamarse innato por cuanto que es “inescindiblemente” *solidario* con la actividad en la que estriba el inteligir personal como trascendental del ser humano, con lo que a tal solidaridad equivale el acto de ser, o acto primario, “intrínsecamente dual”, o según el carácter de *además*, así que más alto que el acto de ser meramente principal, que es extramental.

Pero también se corresponde el abandono del límite mental con la actividad que son los hábitos intelectuales que directamente bajan desde el hábito de sabiduría, dependiendo de él, según lo que pueden llamarse “nativos”, de entrada, el hábito con el que se corresponde la primera dimensión de ese abandono, el de los primeros principios, ante todo el primer principio de no contradicción como acto de ser extramental, y el hábito de *sindéresis*, a su vez, *procedente* desde el de sabiduría, y con el que, incluyendo, por lo demás —se sugiere—, el hábito inicial de la actividad objetivante, o hábito adquirido de conciencia, en cuanto que a partir del de *sindéresis* baja hasta el conocimiento sensible, y equivaliendo, por su parte —cabe asimismo sugerir—, a la potencia intelectual, se corresponde la cuarta dimensión del abandono del límite;

de otro lado, la segunda se corresponde con el hábito de ciencia como *balance* del plural inteligir que, al también bajar a partir del hábito de *sindéresis*, se *contrasta* con las *concausalidades* o coprincipiaciones físicas, mas no sólo según hábitos adquiridos sino incluso según operaciones objetivantes (aunque éstas sin *compensarse* con objetivaciones en tanto que *manifestadas* por los hábitos adquiridos, y *pugnando* así con dichas concausalidades).

En suma, la primera dimensión del abandono del límite se corresponde con el hábito de los primeros principios, la segunda con el de ciencia, la tercera con el de sabiduría y la cuarta con el de *sindéresis*.

Y con tal plural y jerárquica actividad intelectual humana habitual se corresponde el asimismo plural método de abandono del límite mental, pero, valga insistir, sin ser equivalente a ella, ya que, como actos intelectivos, los hábitos acontecen por separado respecto de los actos operativos "comprendidos" por, o en, la llamada potencia intelectual (en cuanto que con ella se corresponde el hábito de conciencia), a saber, los que *conmensuran* con las objetivaciones *congruentes*, debido a lo que por el límite mental tan sólo queda restringida dicha también plural jerarquía del inteligir según objetivaciones, pues carece del poder de intrínseca ganancia intelectual característica de los hábitos.

No obstante, aun correspondiéndose con los hábitos intelectivos, no sin más a éstos equivalen las dimensiones del abandono del límite, pues estriban en cierto metódico "habérselas" con tal límite, propio y exclusivo del inteligir objetivante, ya que se cifran, la primera, en *prescindir* de él; la segunda, en *contrastarse* con él, mientras que la tercera en estricto *además* respecto de dicho límite, así como en *quedar demorando* sobre él, la cuarta.

A su vez, precisamente en la medida en que "se las ha" con el inteligir objetivante, el método del abandono del límite mental permite que el inteligir habitual pueda ser en alguna medida expresado a través del lenguaje, pues en la situación histórica de la esencia humana, los hábitos

no son de suyo comunicables, si bien les compete carácter lingüístico en tanto que comportan un "saber decir" más amplio que el empleado según determinadas estructuras lógico-lingüísticas derivadas de las operaciones objetivantes, y que es el que posibilita la invención de maneras, aun si nunca adecuadas, de aludir a lo inteligido según hábitos.

Por consiguiente, el método filosófico de abandono del límite mental no es sin más separable respecto del inteligir objetivante, pues, por así decir, en éste "hace pie" con miras a abandonarlo, y de él se vale para expresar lingüísticamente lo inteligido según los hábitos intelectuales con los que como método filosófico se corresponde.

De donde ese abandono es método que se lleva adelante no por entero separándose de la actividad comprendida por la potencia intelectual, o en ella, sino bajo cierta referencia ineludible a las objetivaciones, lo que, a su vez, permite enunciados lógico-lingüísticos de lo averiguado.

En cambio, los hábitos intelectuales con los que ese método se corresponde, por cuanto que estriba en un método de acceso a la temática de tales hábitos, sí acontece con carácter de intelección separada con respecto a la objetivante y, por ende, a la potencia intelectual.

De otro lado, el abandono del límite mental es viable sólo en *alcanzando* el inteligir personal según el carácter de *además*, por una parte, ya que el hábito de sabiduría, como *además* metódico, es inescindiblemente solidario con el inteligir personal en tanto que *además* temático, pues en esta solidaridad inescindible, y como en ascenso, estriba justamente el *además* en cuanto que acto de ser de intrínseca dualidad, superior al meramente principal; mas, por otra parte, debido a que, entera, la actividad humana libre proviene del *además* en tanto que con él se convierte la libertad trascendental.

Y es que el ascenso del carácter de *además* en modo alguno obsta para que, descendiendo desde el innato hábito de sabiduría, procedan los hábitos intelectuales "nativos", por los que o bien co-existe el acto de ser

personal que es cada hombre con el acto de ser extramental, según el hábito de los primeros principios, o bien se “enriquece” la esencia de la persona humana, según el hábito de *sindéresis* junto con los hábitos que a partir de él son adquiridos, los que, por su parte, con respecto a la intelección de la esencia extramental, permiten el *balance* en el que estriba el hábito de ciencia, que sin esos dos hábitos intelectuales nativos tampoco procedería.

Ahora bien, el abandono del límite mental asimismo es inviable sin que desde el *además* metódico, equivalente al hábito de sabiduría, se baje, a partir del hábito de *sindéresis*, hasta el nivel ínfimo de la esencia de la persona humana, que es precisamente el inteligir objetivante, puesto que en este nivel sobreviene dicho límite, con respecto al que su abandono es un plural recurso metódico para evitar *atenerse* a la intelección según objetivaciones, a pesar de que sea inevitable en la situación histórica de esa esencia —personal y social—, así como para, no menos, tornar posible la comunicación de lo que se entiende de manera superior que según objetivaciones, esto es, según hábitos.

Y en esa medida, en cuanto que requiere el descenso desde la sabiduría a partir de la *sindéresis* hasta el inteligir objetivante en cuanto que “ceñido” por el límite mental, el abandono de éste es un libre *disponer* por parte del acto de ser personal, desde la sabiduría —por lo que actividad humana sapiencial—, “conducido” —si de este modo cabe decirlo— de acuerdo con la *unificación* de ese disponer en la que estriba, se sugiere, el “logos de la persona humana”; y es un libre disponer conducido según el logos personal justo en correspondencia con los hábitos intelectuales, si bien no sólo los que descienden desde hábito de sabiduría solidario con el inteligir personal, de un lado, según el co-existir con el ser extramental, a la par que, de otro, según el “enriquecimiento” irrestricto del nivel esencial de la persona humana, sino también, sobre todo, en correspondencia con la sabiduría en tanto que *además* metódico

como avance ascendente —y *hacia dentro*— hasta el *además* temático, equiparable con los trascendentales del ser personal.

Con lo que el abandono del límite mental es un método filosófico por el que se tematiza la distinción de ser y esencia tanto en la criatura personal humana cuanto en la extramental.

2. Dimensiones del abandono del límite mental, hábitos intelectuales y distinción real de ser y esencia en la criatura personal: en búsqueda de la plenitud en la divina Identidad

La distinción real de la esencia potencial con respecto al acto de ser en la criatura, antes que una dualidad real, es justo una distinción real potencial, o dinámica, de la actuosidad primaria que es el acto de ser creado, esta sí, intrínsecamente dual en el acto de ser que es la persona humana, según el carácter de *además*, y solamente principal en el acto de ser extramental.

Dicha distinción real equivale a la carencia de identidad de esa actuosidad primaria, que acontece o adviene según cierto curso temporal, por lo demás, internamente plural en atención a los distintos dinamismos que se suceden y componen en calidad de tal esencia. De donde la esencia puede, en la criatura carente de intelección o como principiación extramental, tomarse como *antes* con respecto al *después*, o como pasado con respecto a un *futuro indesfuturizable* en el *además*. Y bien entendido que ni el antes ni el pasado acontecen por así decir “fuera” del *después* o del *futuro*, que son, por así decir, el “ir delante” del acto de ser creado.

De ese modo la esencia es, entera, dinámicamente actuosa en virtud del acto de ser, o, más aún, es, entera, la actuosidad de ese acto de ser, que, ésta, por no serlo en identidad, es actuosidad intrínsecamente dinámica según distinción real equiparable con su esencia potencial.

Por lo que la distinción real de esencia potencial y acto de ser no comporta un esencia potencial por fuera, ni en rigor distinta ni otra, respecto del acto de ser, sino el intrínseco distinguirse real de ese acto de ser, de la actuosidad primaria creada.

Y si bien ese dinamismo según distinción real que es la esencia potencial de un acto de ser creado no es previo ni precedente respecto del acto de ser, comporta, como "cabe" él, la distinción o bien de anterioridad y posterioridad, o bien de pretérito y porvenir, según lo que la esencia tampoco es ulterior al acto de ser, ni lo sigue como siendo segunda respecto de él, sino que es no menos primaria.

En consecuencia, a la vista de la distinción de esencia y ser, y que en el tomismo se conoce como "distinción real de esencia potencial y acto de ser", cabría equiparar el plural y jerárquico método que Polo ha propuesto para la filosofía, el abandono del límite mental, con cierta actividad intelectual que si bien tiene cabida en virtud del inteligir como trascendental del ser personal humano, al que entonces se habría de reconducir el aristotélico "intelecto en cuanto que agente", no se lleva a cabo tan sólo en el nivel del acto de ser, pues a la par se llevaría adelante de acuerdo con la actividad del nivel de la esencia, a la que entonces se habría de reconducir la que en el aristotelismo suele atribuirse a la presunta potencia de inteligir, o "inteligencia".

En esa medida, el abandono del límite mental se conduciría sin separarse con respecto a la actividad humana intelectual de nivel esencial, aunque en alguna de sus dimensiones alcanzando la actividad del inteligir personal, de modo que "más allá" con respecto a la actividad de nivel esencial ¹.

Por lo pronto, el inteligir como trascendental del acto de ser personal humano o inteligir personal sin más (mejor que "intelecto", para eludir la

¹. Cf. *Antropología trascendental* II, p. 19, nota 27, en torno al abandono del límite mental respecto del intelecto agente y, respecto de la *separatio* tomista, *Ibid.*, I, p. 121, nota 122.

connotación de una potencia a manera de sujeto inmediato de operaciones; y sin aludir a la intelección agente de que habla Aristóteles, pues la trascendentalidad de ésta es apenas con respecto a lo sensible, y oscura su condición en cada hombre), es tema del hábito de sabiduría en cuanto que método equivalente a *alcanzar* el tema, así que con éste solidario, y según el carácter de *además*, de modo que —cabe sugerir— como “añadiéndose” el método al tema, según lo que el tema, a su vez, “se torna método” y se *trueca en búsqueda*.

De suerte que el inteligir personal “se torna en método” puesto que el alcanzar que con él es inescindiblemente solidario según el carácter de *además*, por así decir, se le otorga según el *además*, de manera que, como tema, equivale a *además* de *además*, o a *además-además*, para de alguna manera expresarlo.

Y si tornado en método, al inteligir personal compete *trocarse en búsqueda*, esta búsqueda también es intrínsecamente dual, y según el *además*; de entrada, equivale a buscarse el *además* en tanto que como *además* es *inagotable*; y, así, equivale a buscarse en Dios, a Quien entonces busca en tanto que *inalcanzable*. Luego el inteligir personal como método equivale a *buscar que se busca*.

No obstante, cabe *omitir* la búsqueda, y, aún —se sugiere— “rehusar” a esa búsqueda. Tal rehusamiento equivale a *pretensión de sí* mediante cierta auto-afirmación.

Ahora bien, debido a que, como en ascenso, al *además* compete trocarse en *inagotable* búsqueda del *Inalcanzable*, y hacia adentro a la busca de la plenitud de su carácter de *además*, con lo que carece de *encuentro* de ese tema supremo así como del que es su ser por así decir cabal (no por nada distinto es *además*), el *además* no sólo, por así decir, “insiste” en su carácter de *además*, sino que, a la par, desde su condición metódica, equiparable con el hábito de sabiduría, *desciende* al encuentro de temas (sin lo que también carecería de *orientación*); por una parte según el hábito de los primeros principios o de *intellectus* según el que se

advierde el ser extramental; masm por otra, a partir de un *ápice* de condición asimismo metódica, aunque no menos temática, persona irrestrictamente enriquecible, equivalente al hábito de *sindéresis*; al cabo, desciende tanto de acuerdo con el co-existir con el ser extramental según el hábito de los primeros principios, cuanto con el *proceder* de un *irrestricto* "enriquecimiento", más aún que crecimiento (el crecimiento concierne, con propiedad, a la naturaleza orgánica asumida en tal enriquecimiento a partir de la *sindéresis*), en el que estriba la esencia de la persona humana.

Por lo demás, descender desde el *además* es inferior a buscar, y, en ese sentido, conlleva cierto omitir la búsqueda, pero sin que, por eso, se detenga el buscar, o a no ser que dicha omisión estribe, a la par, en rehusar la búsqueda.

De suyo, el proceder desde la condición metódica del *además*, que es el hábito de sabiduría, a partir del *ápice* metódico-temático del descenso, que es el hábito de *sindéresis*, comporta el encuentro de los temas que *suscita*, según lo que se enriquece el dinámico o potencial distinguirse real real que es la esencia de la persona humana procedente del carácter de *además*, equiparable éste con el acto de ser que es cada hombre como persona. A su vez, el descenso del *además* metódico según el hábito de los primeros principios también comporta encuentro de temas, pero distintos de los de la persona humana y su esencia, que entonces son no son suscitados por el hombre.

Así que el descenso desde el hábito de sabiduría no estriba tan sólo en el proceder a partir del hábito de *sindéresis*, sino, de antemano, en el co-existir con el acto de ser extramental, que, como método intelectual, es más alto que el de *sindéresis*, a partir del que procede la esencia de la persona humana, y que equivale al hábito de los primeros principios, de entrada según la *advertencia* del de no contradicción "real", que es el ser extramental como *persistir*, o acto primario principal, en modo alguno *vigente* sin el de *Identidad originaria*, que es el Ser divino, de acuerdo con

el primer principio de *causalidad trascendental* como creacional *dependencia* del persistir con respecto a Dios.

De manera que, por su parte, el hábito de sabiduría sólo acontece "en alcanzando" el inteligir personal según el *además*; por eso, de antemano dicho hábito se "encumbra" hasta lo más alto de la persona humana. Y al alcanzar el inteligir personal, o *además* temático, el hábito de sabiduría, o *además* metódico, por así decir, es método que "se otorga" al tema justo según el carácter de *además*, esto es, inagotablemente más, de modo que por encima de cualquier enriquecimiento del nivel esencial humano, o del *persistir* principal del ser extramental, y de cualquier crecimiento según lo primario solamente principal, pues si bien "adviene" en calidad de primalidad, o como acto de ser, que "avanza" de manera intrínseca y "redoblamemente" dual.

Por consiguiente, al otorgarse —si cabe decirlo así— "además y además" el hábito de sabiduría como método al tema, el acto de ser humano, y, en lo intelectual, al inteligir personal, éste es, a su vez, "tornado" en método, o "metodizado", de modo que, así, le compete trocarse en búsqueda, pues por su inagotable condición según al carácter de *además* le cabe buscar un tema inalcanzable a la par buscándose en él.

Con todo, en cuanto al orientarse según la búsqueda, la persona humana humana es libre de acuerdo con la *libertad de destinación*, pues no sólo le cabe cierta omisión del buscar según el descenso desde la sabiduría, sino, incluso, "rehusarlo", *pretendiendo identidad* en búsqueda no más que de la afirmación propia, de acuerdo con el "carácter de yo" según el que depende del ser personal el descenso desde él, en cuanto que su encontrar temas es libre, sobre todo en cuanto al disponer que de la persona procede, al cabo, mediante hábitos; descenso dual desde la persona que, a la par, es unificado según el logos (de este modo el logos de la persona humana y el carácter de yo son correlativos).

3. Abandono del límite mental, hábitos intelectuales e inteligencia como "objetivabilidad"

Más de acuerdo con esa orientación del inteligir personal trocado en búsqueda, y puesto que "hacia adentro" y "hacia arriba" carece de encuentro (carece de encuentro incluso el alcanzar el inteligir personal por parte del hábito de sabiduría, pues sobreviene de acuerdo con el carácter de *además*), es decir, en cuanto que no encuentra la plenitud propia, ni encuentra a Dios, el hábito de sabiduría avanza no sólo en ascenso, sino también descendiendo al encuentro de temas, de un lado al advertir, según el hábito de los primeros principios, el ser extramental como acto primario meramente principal, y, de otro, a partir del ápice de la esencia procedente del ser humano personal que cada quien es, y que es el hábito de *sindéresis*, al "enriquecer" esta esencia —y, así, desde luego inteligiéndola—, pero también, según el hábito de ciencia, y como "despojándose" de esa riqueza, o por cierto contraste, al "discernir" la plural y coherente, *concausal*, principalidad física como *análisis real* del acto de ser extramental, de acuerdo con el manifestar, en virtud de los hábitos intelectuales adquiridos, las distintas operaciones del inteligir objetivante, esto es, manifestando los *implícitos* que este inteligir guarda, así como, desde tal manifestación de las operaciones objetivantes, o en cuanto que despojadas de la objetivación congruente, *pugnando* tales operaciones con esos implícitos así *explicitados*; explícitos que se cifran, por tanto, no menos que los implícitos manifiestos, en *concausalidades*.

Paralelamente, el plural descenso desde el hábito de sabiduría es por el ser personal, y en virtud de que asimismo baja la nativa libertad trascendental, libremente conducido en calidad de co-existir o bien de disponer, de acuerdo con lo que, a la par, es *unificado* según el logos de la persona humana y *apropiado* de acuerdo con el carácter de yo.

Por su parte, según se indicó al inicio, con el hábito de sabiduría equivalente al *además* metódico cifrado en alcanzar su tema, los

trascendentales del acto de ser personal, se corresponde la tercera dimensión del abandono del límite, aun si es método insuficiente para encontrar al tema del buscar en el que se trueca el inteligir personal al ser el tema que la sabiduría alcanza, añadiéndosele.

Paralelamente, con los hábitos que son un descenso desde la sabiduría, y *a fortiori* desde el inteligir personal, se corresponden las demás dimensiones del abandono del límite mental, a saber, la primera con el de los primeros principios, como *advertencia* del ser extramental; la segunda con el plural hábito de ciencia, con respecto a la esencia de éste acto de ser, y la cuarta con el hábito de *sindéresis* en cuanto al *suscitar* la esencia de la persona humana

Y si bien al corresponderse con tales hábitos como descenso desde el de sabiduría estas tres dimensiones metódicas desde luego dependen de la inescindible dualidad intrínseca que es el acto de ser personal humano según el carácter de *además*, y, por eso, son —cabe sugerir— *modalidades del logos* personal, lo es incluso la tercera que se corresponde con el hábito de sabiduría, al menos en tanto que estriba en un abandono del límite mental, según lo que, por tanto, es requisito el descenso hasta dicho límite. Y de ese modo las cuatro dimensiones del abandono del límite mental, son “conducidas” por la persona de una manera singular, a saber, con carácter de método filosófico.

Asimismo, aunque los indicados hábitos son activos sin involucrar la llamada “potencia” intelectual — intelecto o inteligencia—, pues ésta, como se sugiere, es acto como mera posibilidad con respecto a siempre diferentes objetivaciones intelectuales, de esa suerte, al menos en la medida en que con esos hábitos se corresponden algunas dimensiones del abandono del límite mental, no son por entero ajenos a dicha “potencia” como “objetivabilidad”, pues admiten una “transposición” objetivada de su temática, con base en la que es viable, libre y personalmente, justo el abandono del límite, esto es, del inteligir mediante objetivaciones.

De suerte que el plural abandono del límite mental depende de la libertad trascendental. A su vez, ya que las diversas dimensiones de tal abandono se corresponden con los distintos hábitos superiores de la intelección humana, de los que desde luego cabe llamar innato al de sabiduría por estribar en la condición metódica del ser personal, y por eso de la libertad trascendental, como *libertad nativa* —en tanto que nacida de sólo Dios—, aunque no sin más al de sindéresis, que, junto quizá con el de los primeros principios, cabría denominar “nativo” —en un sentido diferente, por descendentemente proceder desde el de sabiduría—, mientras que adquirido el de ciencia, comportan distintas *vertientes* de esa libertad trascendental, cuyo proceder equivale a *disponer*, y no sólo en el nivel de la esencia humana, sino también en el de la co-existencia con el acto de ser extramental, así como en el del alcanzamiento del *además*.

Al cabo, puesto que el límite mental compete a las operaciones intelectuales objetivantes, incoadas con la de abstraer como *articulación presencial* de la temporalidad, al menos, del conocimiento sensitivo, por eso, sin el descenso iluminante desde el hábito de sabiduría a partir del hábito de sindéresis, y hasta el sentir, ese límite no se *detecta*; y en vista, por su parte, de que según ese descenso —cabe sugerir— *es suscitada* la llamada potencia intelectual de acuerdo, como se ha indicado en otro lugar, con el hábito adquirido de conciencia, que, a su vez, acompaña cualesquiera de las operaciones intelectuales objetivantes, también por eso, el método del abandono del límite mental no se lleva a cabo sin el inteligir objetivante ni sin esa potencia intelectual, e incluso en la tercera dimensión de dicho abandono, que se corresponde con el hábito de sabiduría mas sin equipararse con él, y que, por consiguiente, según el carácter de *además* alcanza los trascendentales personales, puesto que *desaferrarse* del límite mental en modo alguno equivale a eliminarlo.

Y en esa medida el abandono del límite mental comporta cierto *disponer*, esto es, una peculiar vertiente esencial de la libertad

trascendental, según la que, justo en esa tercera dimensión, toma el límite mental como *punto de partida*, pero sin que entonces el abandonarlo sobrevenga en el nivel de la esencia de la persona humana, sino en el del acto de ser personal.

Paralelamente, en cuanto que su punto de partida es el límite mental, el abandono de éste según el que se alcanza el *además* es unificado, como se sugiere, según el "logos de la persona humana" y apropiado por ésta según el "carácter de yo".

En consecuencia, la actividad de abandonar el límite mental no es un hábito ni una disposición, sino el libre y personal "dejar de lado", o "dejar atrás", el inteligir objetivante, por cierto sin eliminarlo, y según el que la intelección humana metódicamente accede al tema de los hábitos intelectuales, de manera, a su vez, que pueda manifestar esos temas mediante las estructuras lógico-lingüísticas.

No obstante, el abandono del límite mental en modo alguno es necesario o ineludible para la actividad que son los hábitos intelectuales, ni es en modo alguno exigido para la filosofía; es, sin más, una propuesta filosófica que libremente cabe aceptar (siempre y cuando ese límite se abandone, claro está).

Luego el abandono del límite mental no puede equipararse sin más con el inteligir humano habitual, sino que es un método para acceder a éste manteniendo como a la vista la intelección objetivante y su manifestación lingüística.

De donde dicho abandono tampoco es, sin más, actividad primaria, de ser, o trascendental según el *además*, aun siendo un disponer que en cierta medida baja desde la libertad personal, en cuanto que, por así decir, "hace pie" en las objetivaciones para abandonar la limitación del inteligir según ellas.

Sin embargo, tal abandono no es tan sólo manifestación del ser personal, o del mero nivel esencial del hombre, pues según él se accede al

tema de la sabiduría, que es el ser personal y, más aún, el Ser que Dios es.

De manera que, si bien las dimensiones del abandono del límite mental son conducidas por la persona, y no menos que los hábitos inferiores al de sabiduría, éste, en cambio, antes que conducido por la persona, es "inescindiblemente" *solidario* con ella.

Así que desde luego el abandono del límite depende de la persona, pero en la tercera dimensión, más bien, se corresponde con "ser" la persona, y, al menos, no es de nivel esencial.

Porque de los hábitos intelectuales, el de sabiduría se dualiza con el inteligir personal siendo inescindiblemente solidario con él, mientras que los otros desde ese hábito descienden, a saber, de un lado, el hábito de los primeros principios como *puro distinguirse* el ser personal con respecto al tema carente de intelección, y, de otro lado, los demás, que *proceden* a partir del de sindéresis.

Pero ya que el inteligir humano ordinario o corriente se mantiene en el nivel de las objetivaciones —que es el de la conducta práctica, al menos según la acción en la que se involucra la actividad corporal—, sobre todo en tanto que lingüísticamente manifestado, por eso, en cierta medida dichos hábitos se tornan "manifiestos", siquiera en el nivel del inteligir objetivante, o según la evidencia de las objetivaciones, lingüísticamente manifestable o, en rigor, expresable, a través del abandono del límite mental, que por incluir cierta apelación a dicho inteligir objetivante, aun cuando sea para abandonarlo, admite, por eso, cierto resultado lógico-lingüístico, y de esta manera "objetivo" —en el sentido de posible de compartir en una comunidad científica—.

Sin embargo, de tal conclusión no se sigue que sólo al abandonar el límite mental se conocería que se conoce según esos hábitos, ni que el abandono del límite mental sea de suyo intelección de nivel trascendental, esto es, en el nivel del acto de ser como acto primario o radical.

4. Separación de método y tema en la humana intelección según hábitos intelectuales o según el método de abandono del límite mental

Comoquiera que sea, el inteligir habitual sobreviene por separado con respecto a la llamada "potencia" intelectual (o inteligencia, mas respecto de objetivaciones), por más que el método filosófico para acceder a ese nivel de intelección más alto que el objetivante, no sea enteramente independiente de esa "potencia" (que se reduce, como se sugiere, a mera posibilidad respecto de objetivaciones, u "objetivabilidad").

Con todo, antes que con respecto a la potencia intelectual, la cuestión acerca de la separación de la actividad intelectual con respecto a su tema ², que, por lo demás, es neta en el inteligir objetivante que de manera manifiesta ilumina su tema sin mezclarse con él ³, es pertinente con respecto a los hábitos intelectuales superiores y, más aún, respecto del inteligir personal, con mayor motivo en tanto que le compete trocarse en búsqueda del tema pleno y supremo.

Por su parte, en el inteligir objetivante el tema no sin más equivale a la objetivación, o luz iluminante —o intencional—, en tanto que *commensurada* con la operación, sino que en esta dualidad estriba el acto intelectual objetivante, cuyo tema es, en el objetivar intelectual incoativo, lo extramental, o bien, en las operaciones que lo prosiguen, lo tematizado por objetivaciones de nivel inferior.

Pero, más aún, en cualquier conocimiento intelectual sobreviene una estricta separación entre el método, equivalente al acto de inteligir, y el tema, que puede ser otra actividad intelectual. En el inteligir objetivante la separación es *mínima* debido a que la luz iluminante en la que estriba la

². Cf. *Antropología trascendental* II, 19: "[...] entiendo la noción de separación intelectual como la distinción entre el acto de conocer y su tema"

³. Por lo demás, desde luego la separación intelectual es de otro orden que la aristotélica separación de las substancias (*choristón*).

objetivación conmensurada con la operación justamente es limitada, ya que no se “enriquece” como en los hábitos intelectuales (en el de sabiduría, más que enriquecerse avanza según el *además*).

También es separado respecto de su tema, en el sentido de inmixto (*amigéés*), el inteligir habitual, excepto en el hábito de sabiduría que es indiscernible de su tema, pues equivale a alcanzarlo según el carácter de *además*, y —se sugiere— como “añadiéndose” a él.

A su vez, como toda actividad intelectual, el abandono del límite mental comporta actos intelectuales separados con respecto a su tema.

Y si con respecto a la potencia intelectual sólo es separado el inteligir habitual, no propiamente, en cambio, el método filosófico de abandono del límite mental, aun como método de acceso al tema de los hábitos intelectuales, puesto que en cierta medida apela a la intelección objetivante, aun cuando para abandonarla.

A su vez, la actividad intelectual de los hábitos se lleva a cabo “más allá” de los actos atribuidos a la potencia intelectual, tanto cuanto de ésta, porque es congruente con su tema de manera más alta que según la constancia y mismidad de las objetivaciones intelectuales, esto es, sin atenerse al límite mental, pues comporta enriquecimiento del acceso al tema o bien inescindible solidaridad con él según el carácter de *además*, en el hábito de sabiduría. Y aun cuando el abandono del límite mental se corresponde con la intelección según hábitos, mas sin equipararse con éstos, es método que, no obstante, no se lleva adelante de manera independiente con respecto a esa potencia.

Porque, al cabo, mediante ese abandono se accede a la temática de los hábitos intelectuales, pero en modo alguno sin el descenso hasta el inteligir según objetivaciones, que es —de acuerdo con lo sugerido— el que la potencia intelectual abarca o comprende según su condición de la amplitud irrestricta —u horizonte— de claridad, correspondiente al hábito adquirido de conciencia, que acompaña los distintos niveles de inteligir objetivante, a partir del inicial.

Y en esa medida el abandono del límite es un disponer, pero sin reducirse a actividad de nivel esencial, pues en la tercera dimensión, alcanza el ser personal.

Por consiguiente, con base en que el inteligir habitual es separado respecto de la potencia intelectual, mientras que, con respecto a su tema, sólo en los hábitos inferiores al de sabiduría, puesto que éste es inescindiblemente solidario con los trascendentales personales, la tercera dimensión del abandono del límite que se corresponde con el hábito de sabiduría se distingue de este hábito porque como abandono del límite no es una actividad intelectual habitual, sino condicionada por el inteligir objetivante, aun cuando sea para dejarlo de lado, mientras que la sabiduría es una intelección habitual que en modo alguno permanece constante, como las objetivaciones intelectuales, y es incluso más alta que la intelección que se enriquece, la del hábito de sindéresis y la de los hábitos adquiridos que a partir de éste proceden, y superior aún al acompañar vigilante —mas no iluminante— con respecto a los primeros principios, puesto que “avanza” según el carácter de *además*.

Al cabo, los hábitos intelectuales son indefectibles, más bien que permanentes, y el abandono del límite mental es intermitente, más bien que ocasional, en la medida en que no se lleva a cabo sin la intelección objetivante. Y justo por eso, aun cuando accede a la intelección habitual, es decir, a los temas de los hábitos intelectuales, admite una expresión *resumida*, lingüística.

No obstante, aun cuando el inteligir objetivante y su expresión lógico-lingüística pertenecen al nivel de la esencia de la persona humana, el abandono del límite no se queda en ese nivel, y no sólo porque depende de la libertad trascendental convertible con el acto de ser que es la persona, como cualquier acto intelectual inferior al hábito de sabiduría, sino porque, precisamente según la tercera dimensión, accede a ese acto de ser.

Ahora bien, el abandono del límite quizá tampoco es una modalidad del inteligir habitual, pues no sin más se corresponde con los hábitos intelectuales, aun accediendo a la temática con éstos congruente, y aun cuando la conciencia acerca de la intelección según esos hábitos no sea siempre notoria, ya que sólo lo sería la del inteligir según objetivaciones, que como éste, es intermitente, y requiere de la vigilia de nivel sensitivo. Tal explicación resulta más plausible que la de una "activación" mayor o menor de los hábitos intelectuales, por más que no quepa descartar esta alternativa.

Por lo demás, desde luego la segunda dimensión no se corresponde con el hábito innato, el de sabiduría, ni con los "nativos" que de él directamente dependen, el de los primeros principios y el de sindéresis, sino que con los hábitos adquiridos en la línea de la prosecución propiamente racional, o fundamentante, de la abstracción.

Así pues, con el abandono del límite mental se accede a los temas de los hábitos intelectuales sin que dicho abandono sea una actividad intelectual distinta de las que se llevan adelante cuando libremente ese método filosófico no lo "ejerce" o conduce una persona; método que, por eso, es del inteligir humano no sin más, sino requerido para que pueda esa intelección ordinaria ser elevada a un estatuto científico, filosófico, que admita, hasta donde cabe –y con gran dificultad-, compartir lógico-lingüísticamente las averiguaciones del inteligir humano habitual, que, sobre todo, son el tema propio de la filosofía como ciencia acerca de lo primero o primario (de modo paralelo a como los métodos de la pluriforme ciencia físico-matemática no comportan actos de inteligir por aparte de las distintas líneas y niveles de operaciones objetivantes que prosiguen la abstractiva -y cuyos llamados hábitos en rigor no lo son, sino mera variación de acto-, pues, más bien, equivalen esos métodos a procedimientos de control de estricta índole lógico-lingüística, esto es, cifrados en reglas comúnmente aceptadas para sentar conectivos entre

objetivaciones diferentes, cuando no de mero control sobre la experiencia a través de instrumentos tecnológicos).

Luego el abandono del límite comporta actos de inteligir en modo alguno distintos de los de la intelección objetivante que mediante ese método es abandonada (y, por lo demás, ya desde su nivel incoativo, el de la abstracción, en el que es directa la asunción de la intencionalidad del sentir de acuerdo con la articulación del tiempo, por lo pronto del tiempo de la sensibilidad interna), ni distintos, tampoco, por un lado, del nunca definitivo balance respecto de los hábitos adquiridos al manifestar las operaciones de la línea de la prosecución racional del abstraer, que entonces pugnan con principios físicos, y balance en el que estriba el hábito de ciencia, o no distintos, por otro lado, de los hábitos nativos de sindéresis y de intelección de los primeros principios, ni del innato de sabiduría.

De suerte que mediante el método, filosófico, de abandono del límite mental no se ponen en juego nuevos actos intelectuales, sino que, por así decir, se despliega cierta metodología científica para controlar el acceso a los temas de los hábitos mencionados, a saber, abandonando de distintas maneras, o según distintas dimensiones, la limitación del inteligir objetivante, mas sin descartarlo, de modo que permitiendo el recurso a él para poder lógico-lingüísticamente expresar, de acuerdo con cierta progresión, los temas averiguados según los hábitos; temas que por serlo de actos no constantes ni mismos de suyo no admiten un tratamiento "objetivo", es decir, que sea viable comunicar en una comunidad científica.

Desde luego tal método científico-filosófico por el que libremente se abandona la limitación del inteligir según objetivaciones, comporta cierta manera de "activar" el inteligir según hábitos distinta de la que de suyo compete a éste, y según la que se logra un diferenciado y progresivo acceso –mejor que una aproximación– a los temas de los hábitos intelectuales; método que, además, permite el recurso, también a través

de la intelección objetivante, al conocimiento sensible, en virtud de lo que, por otra parte, se posibilita el inteligir simbólico, más afín que cualquier otro al método filosófico del abandono del límite.

De manera que el abandono del límite mental sólo está condicionado por el inteligir objetivante en la medida en que éste es el que se deja "atrás", o "abajo" al abandonar su limitación, que de ninguna manera afecta a los hábitos intelectuales; abandonar el límite de las objetivaciones no comporta eludirlas o renunciar a ese nivel intelectual; no comporta "tirar la escalera", sino subir o alejarse o avanzar con respecto a la intelección limitada, pero acudiendo a ella para compartir lo averiguado a través de las estructuras lógicas y lingüísticas. Pues el límite del inteligir objetivante es *punto de partida* en la tercera dimensión de su abandono metódico; extremo del que *se prescindie* en la primera; o que se "enriquece" al como "morar" en torno a él, en la cuarta, y que en la segunda se *contrasta en pugna*.

Paralelamente, dicha limitación del inteligir, es decir, su avance mediante meras objetivaciones, es correlativa con la situación histórica de la esencia de la persona humana, desde la que, con libertad, se accede al *alcanzamiento*, según el carácter de *además*, del acto de ser personal, o bien a la *advertencia* del existir extramental, así como se accede al enriquecimiento esencial de cada hombre, o bien al distinguirse principal *-concausal-* que es la esencia del *persistir* como acto de ser carente de intelección. Con lo que el límite no tanto condiciona cuanto sitúa al hombre en la historia, sin permitirle que la habite con mayor integridad.

Al cabo, el abandono del límite mental se distingue de los hábitos intelectuales no por su logro, pues accede al tema del que estos hábitos son el método congruente, sino por desde dónde logra, a saber, como apoyándose en el límite del inteligir objetivante, y que es ajeno a los hábitos; también se distingue de ellos por cómo logra, pues, aun cuando las cuatro dimensiones de ese abandono se abren conjuntamente cuando se *detecta* el límite, comportan cierto orden, que es resaltado al

abandonarlo según tales dimensiones distintas, que, entonces, por otra parte, cabe exponer diferenciada y progresivamente, de múltiples maneras.

Ahora bien, en modo alguno es viable que dos actos cognoscitivos sean congruentes con un solo tema. Y aunque el abandono del límite mental es método cuyo tema son los hábitos intelectuales, equivale apenas a cierta apertura de la posibilidad de experimentar la intelección habitual con apoyo en la objetivante, aun abandonándola; intelección objetivante que es a la que corresponde, por sí sola, evidencia, y que, de acuerdo con las conexiones entre objetivaciones, permite diversas lógicas, y admite asimismo expresión lingüística, según lo que entonces cabe exponer los temas averiguados según el inteligir habitual, y, en alguna medida, si bien no más que en sede filosófica, compartir esos logros con otras personas, lo que, en la decaída situación de la esencia humana tan sólo cabe según el inteligir restringido por el límite mental.

5. Cuestión acerca del "agente" (y de la "sede" en él) del abandono del límite mental

De otra parte, cabe atender a la cuestión acerca de la, por así llamarla, "radicación" del método de abandono del límite mental en el vivir personal humano, y en su vida esencial.

Por lo pronto, cada persona humana co-existe con otros actos de ser, pero, más aún, como acto de ser equivale a "intrínseco" co-existir, a existir según intrínseca dualidad según el carácter de *además*; por consiguiente, de acuerdo con el hábito de sabiduría, que es la instancia metódica de dicho co-existir intrínseco, o bien desde él, el hombre sabe acerca de la realidad personal y de la extramental; pero en filosofía, con su actividad noética sometida a un peculiar método científico y filosófico, el abandono del límite mental, el hombre *advierte* la existencia extramental y *alcanza* la personal, mientras, asimismo, encuentra,

suscitándolo o constituyéndolo, el “enriquecimiento” esencial —que manifiesta, a su vez, socialmente—, y encuentra, también, la esencia física por *contraste* de lo ínfimo de su actividad intelectual de nivel esencial con aquélla.

De suerte que, por así decir siempre, la persona humana vive de acuerdo con los hábitos intelectuales, y justo por ser persona, aun si no siempre filosofe exponiendo la congruencia de esos hábitos con sus temas, lo que solamente es viable de acuerdo con el método filosófico de abandono del límite mental.

En esa medida, los hábitos intelectuales pueden describirse como luz “callada” de la mente humana, que ni duerme ni muere, por más que sólo parezca vigilar cuando se despierta la intelección objetivante.

A su vez, de ese modo se conecta tal cuestión con la de la conciencia como peculiar “darse cuenta” acerca del inteligir propio de los hábitos intelectuales y, ulteriormente, del método de abandono del límite mental.

Del inteligir habitual en calidad de método congruente con temas reales, a saber, el ser de criaturas distintas y la de cada ser realmente distinta esencia, o, al inteligir esas criaturas, el Ser y Esencia del Creador, se cae en cuenta no más que según los correspondientes hábitos intelectuales, pues como tales comportan conciencia intelectual, de modo que, *a fortiori*, también se cae en cuenta de ellos según los hábitos respectivamente superiores o, por así decir, aun más habituales, y conciencia que entonces es intrínseca a dichos hábitos.

Mas por eso, porque se trata por así decir de una conciencia intrínseca al intelección, puede parecer que el hombre carece de conciencia de la intelección habitual, o que no se da cuenta de que se inteligir según hábitos intelectuales y, además, enriqueciéndose ellos en tanto que activos, pues lo son, actuosos, a la par con el ser y la esencia de la persona humana.

Además, tal como se tematiza en la filosofía moderna, y, con mayor precisión, en la fenomenología respecto incluso del inteligir habitual, el

darse cuenta, o la conciencia, de que se entiende, ordinariamente se apoya en la actividad objetivante, incluso de nivel sensitivo, según lo que no se logra ni rastro de conciencia acerca de los hábitos intelectuales, cuyos temas, consiguientemente, resultan inexpresable mediante recursos lógico-lingüísticos.

Por su parte, el abandono del límite mental comporta un peculiar modo de caer en cuenta del entender habitual debido a que, metódicamente, se recurre al objetivante justo para eludir la mismidad y constancia de las objetivaciones (en la segunda dimensión, según la línea propiamente racional, fundamentante, de prosecución del abstraer, en la que sobrevienen los hábitos adquiridos), y en vista de la evidencia concerniente a las objetivaciones, o bien, en vista de la experiencia intuitiva, en cuanto que manifestativa, respecto de las operaciones objetivantes, que es en lo que estriban dichos hábitos adquiridos.

Pues, a su vez, detectar el límite mental equivale a notar que las objetivaciones son constantemente las mismas, cada una la misma, y limitación que en modo alguno concierne a ningún acto de ser ni a la esencia que le compete como distinguirse real de esa actuosidad primaria.

De entrada, las cuestiones acerca de la conciencia sobre los hábitos intelectuales y sobre el abandono del límite mental remiten a la, más primaria, de la distinción real de esencia y acto de ser en la criatura humana.

Por lo pronto, el acto de ser creado es actuoso si, y sólo si, a la par, en calidad de esencia, se distingue realmente al avanzar, esto es, al ser actuoso, de manera que, como tal esencia, puede siempre distinguirse más, y mejor, o, de otro lado, el acto de ser humano o según el carácter de *además*, "enriquecerse" siempre además, y mejor, en cuanto a dicha peculiar, y más que creciente, distinción real de la actuosidad, la que, por eso, es no sólo *después* sino "además sobre además" y, de este modo, *futuro indesfuturizable*.

Por consiguiente, sin ser segunda, la esencia del acto de ser creado, y no sólo del humano, es potencial, o dinámica, en cuanto a más, y mejor, distinción real, y, en la esencia humana, en cuanto al irrestricto enriquecimiento desde el "además-además" en el que de acuerdo con el carácter de *además* estriba el acto de ser que cada hombre es.

Luego en la criatura, sin ser efecto ni resultado, la esencia proviene, o va adelante, según el acto de ser (y, la esencia humana, procediendo de él, mas sin salir de la dualidad que según el *además* le compete), en la medida en que dicha esencia, la de la criatura, equivale al actuoso o, mejor, dinámico, distinguirse real de la actuosidad primaria creada; dinamismo, por tanto, que acompaña o sigue ese acto de ser creado sin derivar o emanar en un nivel subordinado, sin ser dicha esencia inferior ni segunda con respecto al acto primario, trascendental o de ser; aun comportando la distinción real intrínseca de lo primario, lo realmente distinto de ello es tan primario como eso de lo que es distinción real.

Mucho menos es la esencia de la criatura un acotamiento compartimentado de tipo estructural, matemático, o bien lógico, y, al cabo, objetual, con respecto a la indicada primaria actuosidad o avance que es el acto de ser creado, sino el dinámico, y temporal, distinguirse real que esa actualidad conlleva, y según la que es realmente distinta del Creador.

De ese modo el distinguirse real según el que son actuosos, o avanzan, dinámicamente, los actos de ser creados, conlleva asimismo cierto "historial", esto es, una suerte de guarda de las distinciones que han sucedido, y bajo la condición de potencia para las que siempre están por suceder, y de manera que, comoquiera que sea, la esencia es ajena a cualquier ensamble de notas objetuales, y, más bien, un desglose temporal de esas distinciones, que siempre abre, o potencia, con respecto a a más, o más rica, distinción.

Paralelamente, por su parte, la intelección humana avanza, no sólo en descenso desde lo más alto del hombre, su acto de ser, y los

trascendentales personales que con él se convierten, sino sobre todo, en virtud del carácter de *además*, ascendiendo en busca de lo, por su parte, aún más alto.

Por eso, en cuanto que avanza más que nada hacia arriba, de acuerdo con una búsqueda inagotable en la que le compete trocarse, desde el *además* hacia abajo asimismo *procede* de acuerdo con un irrestricto enriquecimiento.

Por su parte, el carácter de *además* en tanto que acto o avance es intrínseca y redoblamemente dual, de suerte que su proceder en descenso ser enriquece sin restricción, como "haciendo pie" en la dualidad intrínseca mínima que es la presencia mental según actualidad, cuya índole constante y misma es, justamente, el límite mental.

La introducción del límite mental detiene el humano inteligir, que, en cuanto a que vivifica el cuerpo humano, baja desde el *además*, hasta el punto de que tan sólo ilumina el ámbito puramente psíquico, que no el orgánico, neuronal, de la actividad sensiva, con lo que la vida humana pierde unidad, ya que el alma no es enteramente espiritualizada en su vivificar el cuerpo.

Y la iluminación del conocimiento sensible, procediendo en calidad de intelectual descenso desde el *además*, parte de un *ápice* que, sin ser, como el *además* equivalente al acto de ser personal, ni, en éste, a su condición metódica, el hábito de sabiduría, que en tal medida puede considerarse innato (esto es, de la condición del acto de ser humano, creado), más bien es otro hábito intelectual, el de *sindéresis*, que, por proceder del innato de sabiduría, en tanto que inferior a él, puede llamarse nativo, aun si nunca, como tal *ápice*, falta en el descenso irrestrictamente enriquecible desde el hábito de sabiduría como condición metódica del *además*.

En consecuencia, ni el hábito de sabiduría ni el de *sindéresis* pueden entenderse como principios de intelección y, por eso, tampoco a la manera de la llamada "potencia" intelectual. La "potencia" intelectual, y,

desde luego, sin condición principal, se habrá de encontrar en el descenso intelectual desde la sabiduría y a partir de la sindéresis, y no bajo la condición de principio de actos intelectuales, sino de un proceder de la actuosidad intrínsecamente dual del carácter de *además*, y, por lo demás, como concerniente tan sólo a los actos de inteligir según objetivaciones.

Comoquiera que sea, al atender a la condición propia del abandono del límite mental como método científico, mas filosófico, concerniente a los actos intelectivos del hombre, no parece suficiente la disyuntiva entre inteligir como trascendental del ser personal humano, equivalente, en la continuación heurística de Aristóteles, a la inteligencia en cuanto que agente (*noûs poietikós*), y la "potencia intelectual" o inteligencia en cuanto que paciente (*noûs pathetikós*), mucho menos como intelección "pasiva" o pasible y que sería, a la par, errónea si presupusiera condición principal en cualquiera de los extremos de la alternativa.

Así pues, el abandono del límite mental no será una actividad "de" la potencia intelectual solamente, y en modo alguno si ésta se toma como principio; pero tampoco actividad "de" la inteligencia en cuanto que agente a manera de un acto, entre otros, de un principio intelectual aún más alto.

Por otra parte, el abandono del límite mental es imposible sin los hábitos intelectuales superiores, que son actos de inteligir más altos que el objetivante, y que, uno de ellos, el de sabiduría, es intrínseco al acto de ser humano, en calidad de método inescindiblemente solidario con ese acto de ser en tanto que tema —en dicha dualidad metódico-temática estriba el carácter de *además*—; otro, que depende del de sabiduría, y en esa medida "nativo", equivalente a un *puro distinguirse* con respecto al acto de ser inferior al intrínsecamente dual, esto es, el principal como primer principio extramental en calidad de persistir, así que según el hábito de los primeros principios; y, otros dos, procedentes en descenso desde el acto de ser personal, y del nivel de la esencia de la persona humana: uno, como *ápice* de ella, el hábito de sindéresis, que al depender

inmediatamente del innato de sabiduría también sería nativo, y, el último, como plural *contraste* o *pugna* del inteligir objetivante, en la línea de prosecución racional del abstraer, con la esencia extramental, y que se cifra en cierto *balance* de actos intelectuales adquiridos, hábitos y operaciones manifestadas desde hábitos, cuyo tema son entonces los principios físicos en concausalidades distintas: el hábito de ciencia.

Aun así, como se indicó al inicio, el abandono del límite mental no se equipara con los indicados hábitos intelectuales superiores, sino que es un libre acceso metódico a esos hábitos, esto es, a la intelección de los temas congruentes con esos hábitos, pero teniendo en cuenta el inteligir objetivante, aun al abandonarlo; y método de intelección, filosófica, que puede estar o no vigente, en la medida en que está o no vigente el objetivar, pues requiere el conocimiento sensible y, por eso, la vigilancia de la atención sensitiva que, a su vez, requiere la actividad cerebral correspondiente.

En cambio, los hábitos intelectuales intelectuales son vigentes aunm si no de modo constante, sino, o bien enriqueciéndose, o bien según el *además* —el de sabiduría—, o bien como un avance intelectual co-existencial que, ajustadamente, y sin decaimiento, acompaña el persistir —el hábito de los primeros principios—.

De donde no es ajustado pensar que el abandono del límite mental "active" los hábitos intelectuales como si estuvieran en potencia o latentes y, menos, en estado de "invigilia", pues, por el contrario, son actos intelectuales siempre vigilantes, aun cuando no siempre a través de una versión objetivada de lo averiguado por ellos, por lo que sólo cabría tomarlos como latentes o dormidos por comparación con el destacarse evidente, neto, de las objetivaciones intelectuales, en el que se oculta el acto de inteligir según ellas, la operación intelectual objetivante.

Más bien, el abandono del límite comporta un acceso metódico al inteligir humano habitual haciendo pie en el inteligir objetivante, por más que justo para abandonarlo; intelección según objetivaciones con la que el

hombre cuenta de antemano, aunque sólo la “ejerza” intermitentemente, pues no acontece sin el conocimiento sensitivo, y de la que, a la par, se da cuenta, pues es siempre acompañada, la intelección objetivante, por el hábito intelectual de conciencia (que precisamente es —se sugiere— el que cabe equiparar con la llamada potencia intelectual).

Porque el método filosófico de abandono del límite del inteligir objetivante, si bien toma en consideración ese inteligir objetivante justo para abandonarlo, en lugar de atenerse a él (como sucede de ordinario en la filosofía moderna, de modo nítido en Kant); y al abandonar la intelección según objetivaciones, ese método equivale a un acceso al inteligir según hábitos, pero que a la par permite una referencia a lo objetivado y, por eso, una versión o interpretación lógico-lingüística, siempre insuficiente, de los temas averiguados según hábitos.

De esa manera, el abandono del límite mental más que “estar radicado” en el acto de ser humano o en la esencia de la persona, o más que ser “de” uno u otra, es un método, desde luego de nivel intelectual, pero método científico que regula y controla el uso de los actos intelectivos superiores, por el que es viable “desatenerse” de la restricción del inteligir objetivante, por lo pronto, en las objetivaciones, la segunda dimensión de ese método; o en la condición presencial según actualidad de ellas, la primera; o en el acto objetivante, esto es, en la actualidad como ínfima actuosidad dual, superándola según un completo desprenderse de ella según el carácter de *además*, la tercera, o quedándose en ella al “comprenderla” enriqueciéndola, la cuarta.

De ese modo la vigilancia intelectual se “desatiene” respecto de la evidencia concerniente a las objetivaciones, y se “allega” a la peculiar “inevidencia” de la vigilia intelectual propia de los hábitos; por así decir, se *concentra la atención* en el desatenerse respecto del inteligir objetivante, y, metódicamente, se accede al inteligir habitual, es decir, a sus temas, permitiendo una versión lógico-lingüística de dicha temática.

En consecuencia, el abandono del límite mental "está" tanto en la esencia de la persona humana, pues ha de desatenerse del inteligir objetivante, que es de nivel esencial, cuanto, sobre todo, en el acto de ser, pues sólo desde él es viable; aunque, en rigor, en el acto de ser "está" solamente la tercera dimensión de dicho abandono, pues las demás de él dependen como en descenso.

Con todo, las cuatro dimensiones del abandono del límite mental, incluida la tercera, son actuaciones con "carácter de yo", esto es, cierto *disponer* a cargo del acto de ser personal (y según el que cabe llamar "logos de la persona humana"), de modo que no en mero ascenso ni siquiera al acceder al hábito de sabiduría, pues incluso el alcanzamiento del *además* de acuerdo con el abandono del límite toma como *punto de partida* ese límite, por lo que, como tal método filosófico, no es por entero desprendido del límite mental, como sí el hábito de sabiduría.

Así pues, el método filosófico de abandono del límite mental no equivale sin más a una actividad o acto intelectual distinto del inteligir objetivante (cuya incoación se lleva a cabo asumiendo el sentir), ni tampoco distinta del inteligir habitual, pues, por lo demás, aparte de esos dos tipos de intelección, no cuenta el hombre con otro; el abandono del límite mental no es un inteligir humano que habría estado sin descubrir hasta ser ejercido.

Más bien, dicho método estriba en un libre y personal "dejar de lado" o "atrás" el inteligir objetivante, mas tomándolo en cuenta para respecto de él discernir el habitual, esto es, el acceso a los temas de los hábitos intelectuales superiores, con miras, entre otras, a poder comunicar estos temas lógico-lingüísticamente, pues esto sólo es viable desde objetivaciones.

Los hábitos intelectuales carecen de la intermitencia del inteligir objetivante, tanto como de la peculiar evidencia de éste, por lo que pueden llamarse "inevidentes", si no *ocultos* a la manera de las operaciones de objetivar, que, en la medida en que comportan el

destacarse las objetivaciones, quedan ocultas, o *se occultan*, mientras que, por su parte, el límite mental según el que son intelecciones constantes y mismas, *oculta que se oculta* —es el *ocultamiento que se oculta*—; en lugar de ocultos, los hábitos intelectuales y su temática pueden decirse silenciosos cuando no latentes, mientras que la intelección objetivante sería patente y, por así decir, “bulliciosa”. Y tal quedar la lucidez intelectual en silencio o inevidente, que de antemano compete al inteligir habitual por comparación con el inteligir objetivante como operación en vista del peculiar lucir evidente de las objetivaciones, es lucidez que *a fortiori* concierne al inteligir habitual, aun sin que sea operativo, ni, por eso, intermitente; por lo pronto, el que manifiesta las operaciones objetivantes, que es plural y adquirido —equivale a los hábitos adquiridos—, puesto que permite operaciones objetivantes superiores a las por él manifestadas.

De donde con mayor motivo los hábitos intelectuales superiores a los adquiridos quedan luciendo como en silencio (o sin “llamar” la atención), si el método filosófico se atiene a lo objetivado, lo que sucede siempre que se privilegia la versión lógico-lingüística de lo inteligido.

En cambio, si el límite mental se *detecta* en condiciones de abandonarlo, mediante su abandono se accede a los temas de los hábitos intelectuales superiores, con lo que, por así decir, desde el punto de vista del inteligir objetivante y como por referencia a él, cabe “darse cuenta” no sólo del “importe” actuoso de esta intelección ínfima, sino también de la más alta, correspondiente a los hábitos, a la par que es viable dar cuenta de la temática de esos hábitos al asimismo mantener como a la vista las objetivaciones, pues de ese modo se puede referir o exponer lógico-lingüísticamente lo inteligido según ellos.

De manera que el abandono del límite mental, como método, no estriba en ningún método intelectual distinto de los que al hombre competen, sino en un diverso empleo filosófico de los métodos intelectivos; método filosófico cuyo tema es el de los hábitos intelectuales,

pero de modo que sea viable comunicarlo científicamente de acuerdo con su referencia al inteligir objetivante, el único que se proporciona con la relativa invariancia semántica ineludible en la comunicación.

En cuanto a los temas a los que con él se accede, ese método filosófico es de orden trascendental o primario en cuanto que se inteligen dos actos de ser creados y, sin salir de ellos, el Acto de ser creador, por cierto sin ingresar en el Origen o en la Intimidad divina; aunque asimismo se inteligen las esencias de dichos actos primarios, las que, al menos en los actos de ser creados, son de orden inferior al trascendental (sin que se pueda reducir a un orden categorial o predicamental, pues según concausalidades la esencia del ser extramental y según dualidades la del ser personal humano).

Mientras que en atención al método, el abandono del límite mental es ni sólo de nivel trascendental ni tampoco de nivel esencial enriquecible, pues conlleva el recurso al inteligir objetivante, que es el ínfimo de la esencia de la persona humana; de donde dicho método, al acceder a la temática del hábito de *sindéresis* y a la del de ciencia, permanece en el orden de lo esencial en tanto que distinto de lo trascendental, primario o correspondiente a los actos de ser; en cambio, al acceder al tema del hábito de los primeros principios y del de sabiduría, desde luego atañe al orden de lo trascendental, pero sin que le quepa desentenderse sin más de la intelección objetivante.

A su vez, la limitación del inteligir objetivante es con propiedad *punto de partida* del método de abandono del límite en la tercera dimensión, no en las demás; en la primera es, por así decir, punto de referencia de un puro distinguirse respecto de él; en la segunda, es cierto "medio" o "instrumento" de contraste con respecto a lo distinto; y en la cuarta es aquello en torno a lo que el abandono, enriqueciéndose, queda o mora.

Con todo, por más netamente que se abandone el límite, como en la primera y tercera de las dimensiones de ese método, ya que comporta cierto descenso de la persona —desde el inteligir personal— desde el

hábito de sabiduría, estriba en un *disponer*, mas no un disponer de la temática a la que se accede, sino justamente “de” la actitud metódica o, mejor, en un disponer “según” esas dimensiones metódicas; a la par, ese descenso permite una unificación del inteligir habitual desde el hábito de sabiduría en la que estriba, más que nada, el que se sugiere llamar “logos de la persona humana”.

Al cabo, el abandono del límite mental se corresponde con la intelección según hábitos, sin equipararse con ellos; es un método, científico-filosófico, para acceder al inteligir humano habitual, pero no es una distinta modalidad del inteligir habitual, ni es por entero ajeno al inteligir objetivante.

6. A manera de resumen: libertad en el abandono del límite mental y en la intelección humana habitual

En definitiva, el método de abandono del límite mental es el método epistémico o disciplinar y, en tal medida, “científico”, propuesto por Leonardo Polo para en filosofía acceder a los temas del nivel más alto del inteligir humano como método, el de los hábitos superiores, y, no menos que como en éstos, sin *atenerse* a la limitación de lo objetivamente inteligido en cuanto que *dado en presencia*, mas “observando” entonces una rigurosa manera de “apartarse” de dicho límite, distinta en atención al tema de cada uno de esos hábitos; temática, a su vez, de los hábitos intelectuales superiores, plural, y jerárquica, que se corresponde con la de las disciplinas filosóficas comprendidas bajo la denominación de “filosofía primera”, es decir, filosofía de lo primero o primario y, en tal medida, trascendental, a saber, con la temática de la antropología trascendental, que es tanto la persona humana como acto de ser cuanto la esencia potencial de este acto primario —esencia del ser personal que, de acuerdo con una peculiar distinción real, se “enriquece” irrestrictamente—; pero asimismo con la temática de la metafísica y de la física filosófica,

respectivamente, el acto de ser extramental y la esencia potencial que, asimismo según distinción real, varía creciendo en complejidad principal. De donde también según el método filosófico de abandono del límite mental se accede disciplinadamente a los temas de las disciplinas filosóficas superiores, primeras.

Y por ser de índole disciplinar en la medida en que se abandona el límite propio del inteligir objetivante tanto como su peculiar estructuración lógico-lingüística, las averiguaciones científico-filosóficas logradas mediante el indicado método filosófico, permiten comunicar, hasta donde cabe, la temática de la filosofía como ciencia acerca de lo primero.

El hombre lleva adelante dos distintos tipos de intelección, una habitual, supra-objetivante, separada del conocimiento sensitivo, y, otra, objetivante, que comienza en conjunción con el sentir.

De la intelección habitual, la más alta, el hábito de sabiduría, en calidad de *método solidario con su tema* según el carácter de *además*, se corresponde con el inteligir personal, que se convierte con el acto de ser que es la persona humana, y es, por eso, de nivel trascendental.

Los otros hábitos intelectuales superiores comportan un descenso de nivel, por lo pronto, el hábito de los primeros principios, correspondiente al co-existir de la persona humana con el acto de ser extramental, y que es trascendental al menos en cuanto a su tema; también el hábito de sindéresis como ápice de la esencia de la persona humana a partir del que, en descenso y a la par en ascenso, es *suscitado* el irrestricto enriquecimiento humano, aunque más aún el hábito de ciencia, que, en virtud de los hábitos adquiridos y de la pugna del inteligir objetivante cuando no se conmensura con objetivaciones, se corresponde con la *explicitación* de las *concausalidades* según las que es dinámica o potencial, como *phúsis*, la esencia del ser extramental, y cuyo *balance* nunca es definitivo, pues siempre caben más tricausalidades.

Por su parte, el inteligir objetivante conmensurado con objetivaciones es el restringido por el límite que se abandona para acceder a la temática de los hábitos intelectuales superiores.

En consecuencia, el abandono del límite mental es una actividad metódica que no se llevaría a cabo si el inteligir humano se quedara en la intelección objetivante, que carece de acceso al ámbito u orden de los temas trascendentales, a no ser unificándolos prematuramente desde una presunta unidad trascendental, de modo que cae inevitablemente en monismo. De donde para llevar adelante ese método hace falta admitir el inteligir habitual en su pluralidad jerárquica, pero no menos detectar, en condiciones de abandonarla, la limitación del inteligir objetivante; y dichas condiciones equivalen, se sugiere, a admitir el inteligir habitual como superior al objetivante.

Con todo, abandonar el límite mental no es ni el inteligir objetivante ni el inteligir habitual como métodos intelectivos de los que, por así decir, está dotada la persona humana, sino que es una cierta "metodología científica" en el sentido de epistémica o disciplinar, por la que, teniendo en cuenta el inteligir objetivante, se "pasa" al habitual; pero no porque se reduzca al acceso a los temas del hábito filosófico de ciencia, sino porque admite cierta exposición mediante enunciados en torno a los que puede comunicar la comunidad científico-filosófica; un método disciplinar o epistémico por el que, pudiendo hacer pié en el inteligir objetivante y, a través de él, en el lenguaje —que sería inviable sin lo objetivado—, cabe exponer lo averiguado intelectivamente de manera más alta que con objetivaciones en virtud del inteligir según hábitos, y cuya temática es, si cabe llamarla así, "inevidente", a diferencia de las objetivaciones, o "inobjetiva" (mejor que atemática), o "intuitiva" en el sentido de que la vigilancia intelectual no se detiene y es "conducida" por la actividad que es su tema, es decir, vigilancia intelectual que tiene por tema, al que "acompaña" en su avance, la actividad o actuosidad "real" y su dinamismo o potencialidad, ya sea de nivel superior al del inteligir objetivante, la

mental de nivel intelectual habitual, o bien puramente distinta o inferior, la extramental—.

De esa suerte, la “actividad” de abandonar el límite mental es el libre y personal “dejar de lado” o “dejar atrás” el límite del inteligir objetivante, mas no éste, en el que se hace pie con miras a exponer los temas del inteligir habitual a los que metódicamente se accede, y de modo que pudiendo comunicarlo con cierto rigor científico, aunque cifrando su validez no desde luego en la resolución deductiva ni en la demostración, sino en cierta ordenada mostración.

Por su parte, a diferencia de las intelecciones objetivantes, que son discontinuas e intermitentes, los hábitos intelectivos son, más que permanentes, irrestrictamente enriquecibles, aunque permanecen inevidentes cuando la persona vive atenta a su conocimiento objetivo, por ejemplo, cuando cifra la validez veritativa de los enunciados en su resolución empírica, o bien lógica, o, incluso, hermenéutica, y desde luego cuando se vierte en la actividad práctica cifrada en la racionalidad electiva o decisional.

En cambio, cuando se *detecta* el límite mental en condiciones de abandonarlo, de acuerdo con distintas dimensiones de dicho abandono se accede a los temas de los hábitos intelectuales superiores de manera tal que en cierta medida cabe manifestarlos lógico-lingüísticamente, mediante cierto discurso, si bien no propiamente demostrativo.

Al cabo, el abandono del límite mental es un método filosófico sin pretensión de originalidad en cuanto a lo temático, pues “deja paso” a los temas de los hábitos intelectuales superiores, a los que accede al libremente desatenerse del límite del inteligir objetivante detectado justamente como límite.

Además, una modalidad paralela de expresar lo inteligido según hábitos es asequible, a menudo con más posibilidades de ser comunicada, mediante el inteligir simbólico, que, a su vez, puede ser tal no sólo por cuanto que en él cabe apelar al conocimiento sensible, sino sobre todo

porque puede tomar las objetivaciones desde la iluminación de las operaciones congruentes, y elevándolas, así, con éstas, a símbolos de los temas del inteligir habitual. De esa manera el inteligir simbólico es el recurso intelectual más afín al método filosófico de abandono del límite mental y a través del que con frecuencia la filosofía clásica y moderna ha recogido sus más altas intuiciones (tarea pendiente, por otra parte, en el desarrollo de la filosofía de Polo).

En vista de los más altos temas a los que el método de abandono del límite mental accede, es de orden trascendental, si bien incluso entonces comporta que entre en juego el inteligir objetivante, aun si para que pueda ser abandonada la limitación que conlleva; y la intelección objetivante es una actividad del nivel de la esencia de la persona humana. En esta medida, en cuanto que el abandono del límite mental no es exclusivo del ámbito trascendental de la persona humana, estriba en una actividad dispositiva de ésta, pues hace pie en las objetivaciones, para abandonar la limitación del inteligir según ellas.

En último término, el abandono del límite mental se corresponde con la intelección según hábitos sin equipararse con éstos; y es en ese sentido como puede denominarse método disciplinar, epistémico o científico, esto es, no un distinto método intelectual del que la persona humana esté dotada según su actividad propia, por aparte del inteligir según hábitos o del inteligir según objetivaciones, sino el método para acceder a los temas del inteligir humano habitual teniendo en cuenta el objetivante, pero abandonando la limitación de éste. De donde no es desde luego una modalidad de intelección objetivante, pero tampoco de inteligir habitual, sino cierto puente epistémico entre ambas.